

Marañón y Toledo

Es difícil enjuiciar serenamente a Don Gregorio Marañón en Toledo, ya que él quiso pasar, y lo fué, como un gran admirador de Toledo, pero que se adentró con dificultad en la complejidad de su casco urbano; pues como rey o señor árabe, hizo su almunia en un cigarral cercano, pero exento de la población. Sus visitas dominicales llegaban casi siempre a Santo Tomé, y sólo se adentraba en la Catedral cuando se hacía el acompañante de un grupo de categoría mundial. Nunca supimos que pasease por sus estrechas y difíciles callejas ni se metiese por los laberintos de los cobertizos.

Su vida profesional no le liga a esta población. Su interés por Toledo, romántico, es un reflejo literario de Galdós más que una preocupación directa artística o arqueológica, y hace del Cigarral de Menores, que compra y embellece, plataforma de contemplación de la ciudad y lugar de descanso de invitados ilustres.

Es Marañón, en su cultura no profesional, un rebrote espiritual de Galdós. Galdós sentía admiración directa, plástica por Toledo como la tenía Castelar, que paseaban perdidos a las noches por las viejas calles de la silente ciudad. El, desde niño, tuvo la admiración por Galdós y como él quiso ser un gran hombre en el campo de la literatura, teniendo para Toledo una admiración literaria y cerebral por la vieja ciudad.

Ya su profesión le marca una dualidad entre la Medicina y la admiración por las letras e irse adentrando en los recodos de la Historia.

Sería curioso aquilatar hasta qué punto la admiración de Toledo de sugerida pasa a un primer plano. Tampoco veo claro si esta admiración por Toledo la intuye o la razona, siendo el punto capital que es Toledo para nuestra Historia, o se sedujo directamente por el hechizo de la urbe, que se enrosca en nosotros como ondulante sierpe semejante o la pereza ondulante de sus pobres callejas, que se le enroscaron en el corazón.

Es prácticamente imposible captar a Don Gregorio y envolverle espiritualmente en la prosa de unas cuartillas. Marañón, Literato; Marañón y la Pedagogía; Marañón, Médico; Marañón, Historiador. Imposible para mí varios de estos apartados, como el Marañón, Médico; Marañón, Historiador. De éste, como opinión particular, diré que nunca contará gran cosa Marañón como historiador; pasará más bien como interpretador puro biológico de ciertos personajes que le interesaron por alguna cualidad que fué vital para él. Sus temas históricos, más que unidad objetiva, sistemática; más que estudiar una época o un aspecto de la cultura humana, busca temas diversos unidos en una unidad personal subjetiva. Eran temas vividos o sentidos. Resentimiento por la incomprensión, el español fuera de España por circunstancias políticas; afán de mandar; problema de la timidez; mandato moral de la mujer en la Padilla. Montadas las obras con gran estructura de historiador, serán siempre leídas y tenidas en cuenta como buenos Corpus documentales; pero nunca se cotizará su firma como historiador de un primer plano. Su puesto en la cultura, después de la Medicina, será el de un gran literato que consiguió una prosa que, juntamente con la de Ortega, son las dos grandes prosas de la primera mitad del siglo XX, acercándosele Miró y bueno, pero repetido Azorín.

POR GUILLERMO TÉLLEZ

Académico de Número de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.



Hijo espiritual de Galdós, no es una supervivencia de ese gran grupo de novelistas: Galdós, Pereda, Picón, Palacio Valdés, ya que él novela poco y para escribir se apoya en la Historia. Esta generación de novelistas tenían máquina propia; no eran novelas históricas al modo de Fernández y González, sino que enjaretaban argumentos para que interesara a la gente, que no dormían hasta ver lo que le pasaba a fulano, siendo de ellos el último que tiene tramoya Blasco Ibáñez, que no en balde había sido amanuense de Fernández y González.

Educado y criado con estas gentes, no tiene esta capacidad de tramoyista, por lo que su capacidad de escribir la encausa hacia edificios montados y con argumentos de las vidas ocurridas (biografías), y es característico de la época el querer hacer novelas sin argumento (Baroja, Azorín, etc.), compensando esta ausencia de interés de tramoya con prosas pulidas ligadas al verso, de poetas que hacen novela (o por lo menos prosa) a la par que verso: Villaespesa, Rueda, Darío. Pertenece, pues, francamente a esta generación más estetista. Esta es la herencia literaria que recoge y en donde culmina una prosa sencilla, sin aparentes alambicamientos, sin los colorismos de los modernistas; una auténtica prosa empleada en temas científicos, literarios, históricos y sobre el tema Toledo.